



## Archivo colonial y torsiones de género en textos desconocidos de Ada Elflein

### Colonial Archive and gender twists in Ada Elflein's unknown texts

Natalia Crespo<sup>1</sup>

Universidad Nacional de Buenos Aires  
[nmcrespo@gmail.com](mailto:nmcrespo@gmail.com)

**Resumen:** Entre 1905 y 1918, uno de los folletines dominicales del diario *La Prensa* estuvo a cargo de Ada Elflein (1880-1919). Durante los primeros años, los cuentos de Elflein eran de tinte patriótico, infantil y fueron, en su mayoría, “levantados” de la prensa y re-editados en libro. Es esta pequeña fracción de su obra, varias veces reeditada, la que se conoce hoy. Sin embargo, el rastreo en archivos revela que, en simultáneo con esta narrativa tan obsecuente respecto de las expectativas sexo-genéricas de su época, Elflein publicó textos altamente conscientes de las desigualdades de género. En las notas coloniales que aquí analizamos, “La Maldonada”, “Lucía Miranda” e “Isabel de Guevara”, se ven torsiones respecto de las versiones de textos coloniales y, sobre todo, una denuncia de ciertas operaciones historiográficas de invisibilización de las mujeres en la historia, que está a tono con la postura proto-feminista que revelan sus textos “íntimos”.

**Palabras clave:** Ada Elflein – Archivo – Género – Colonia

**Abstract:** Between 1905 and 1918, one of the Sunday serials of the newspaper *La Prensa* was in charge of Ada Elflein (1880-1919). During the first years, Elflein's stories were patriotic, childish and were, for the most part, "lifted" from the press and re-published as a book. It is this small fraction of his work, reprinted several times, that is known today. However, archival research reveals that, simultaneously with this obsequious narrative regarding the sex-gender expectations of her time, Elflein published texts highly aware of gender inequalities. In the colonial notes that we analyze here, "La Maldonada", "Lucía Miranda" and "Isabel de Guevara", there are distortions regarding the versions of colonial texts and, above all, a denunciation of certain historiographical operations of invisibility of women in history, which is in tune with the proto-feminist position that her intimate texts reveal.

**Key Words:** Ada Elflein – Archive – Gender – Colonial

---

<sup>1</sup> **Natalia Crespo** es doctora en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Illinois (2007) y Licenciada en Letras por la UBA (2000). Se desempeña como investigadora adjunta del CONICET con sede en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la UBA. Es autora del ensayo *Parodias al canon* (2011), de las novelas *Jotón* (2016) y *Con perdón de la palabra* (2019), de numerosos artículos y ediciones críticas.

## Introducción

El 24 de julio de 1919, tras unos meses de convalecencia al cuidado de su compañera Mary Kenny, fallece a los treinta y nueve años, en “su casa de la calle Arenales 1491, situada en el corazón de esta “villa del Plata” (Eizaguirre, 94), la escritora y periodista germano-argentina Ada María Elflein. A los homenajes escolares y a las notas necrológicas de *La Prensa*<sup>2</sup> (diario en el que había trabajado durante catorce años, desde 1905 hasta 1918) les siguió un extenso relato de despedida de su colega José Manuel Eizaguirre. Intercaladas con las afectuosas palabras del amigo (elogiosas, siempre dentro de los parámetros sexo-genéricos de la época<sup>3</sup>) se hallan una serie de citas que, según refiere el autor, son “apuntes” tomados por él a partir de la lectura de “un cuaderno” manuscrito de la escritora. Cómo llegó dicho cuaderno –si es que en verdad existió– a manos de Eizaguirre, qué grado de intervención tuvo esta suerte de copista transcriptor al “tomar apuntes” y traspasarlos a su artículo y, sobre todo, dónde está hoy ese cuaderno son preguntas que quedarán por ahora sin contestar. Sin embargo, algo de este enigma se mitiga cuando, en 1999, la historiadora Olga Vittali publica en la revista de divulgación *Todo es historia* la nota “Ada María Elflein: algo más que una mujer en la prensa”. En ella se ofrecen, además de un párrafo bio-bibliográfico de presentación de la escritora (información que ya había aparecido en una nota anterior de esta revista<sup>4</sup>), una cita del ahora llamado “diario íntimo” de Elflein, que –suponemos por el tono confesional que comparte con algunos de los “apuntes” de Eizaguirre– podría haber sido extraída del mismo “cuaderno” mencionado en la nota de 1919. Dice la cita del “diario íntimo” que transcribe Vittali:

Enero 1905: Me escribe mamá que mis cuentos están en *La Prensa* para que los lean. Y algún viejo eterno, gruñón, predispuesto desde

<sup>2</sup> Publicados el 25 de julio de 1919 y el 5 de diciembre del mismo año.

<sup>3</sup> Me detuve en estas cuestiones en mi artículo “La aliada: prensa y literatura en Ada Elflein”.

<sup>4</sup> Firmada por Mabel Bellucci, la nota “Ada María Elflein”, en el N° 219, julio de 1985, 68-69.

luego a declarar que no sirven, o si no, un mocito barbilampiño y engreído que solo encuentra bueno lo que él mismo escribe y declarará con irónica sonrisa compasiva que son pavadas de mujer. Sea quien sea, estoy curiosa por saber quién es y lo que dirá. Para decir la verdad, no se me había ocurrido nunca ir a ningún diario y estoy nerviosa por saber lo que dirán de mis cuentos. En todo caso, este hombre tiene ahora en sus manos mi suerte: según lo que diga, según cómo esté de humor al leer las historias, dirá que sirven o no”. (Vitali 46).

La lectura evaluadora a la que se refiere la cita daría un resultado positivo, dado que la joven Elflein es contratada en *La Prensa* al mes de escrito ese párrafo, pasando así a ser “la primera periodista mujer que trabaja formalmente en la redacción de un diario argentino” (Bellucci, 46). Pero lo más significativo del párrafo es quizás el grado de conciencia de la joven Elflein respecto de la discriminación de género operante al someter su escritura a la evaluación en un ámbito laboral por entero masculino y su postura de resistencia ante esta desigualdad. Creemos que esta conciencia puede inscribirse dentro de un proceso colectivo que se fue gestando en las escritoras de la época a raíz de los muchos cambios de la modernidad (la feminización del público lector y el ingreso masivo de las mujeres al ámbito laboral, entre los más importantes)<sup>5</sup>. Como plantea Lea Fletcher, estas escritoras “se consideraban profesionales y querían que las otras personas, en particular sus colegas, las vieran así. La cantidad de escritoras que se preocupaban por este tema y la manera en que lo reflejaban en sus textos se

---

<sup>5</sup> Junto con Elflein, otras escritoras y periodistas de la época, aunque no necesariamente con posturas feministas, comienzan a advertir y a cuestionar el sexismo del campo literario. Catalina Allen de Bourel y Haydée Acevedo Díaz dirigen el semanario *La Columna del Hogar* a principios del siglo XX dándole “un tinte más transgresor”. A ellas se suman varias colaboradoras del Consejo Nacional de Mujeres y escritoras como Aurora Laperrière de Coni, Carolina Muzzilli, Amelia Palma (seudónimo de Ana Pintos, directora por un tiempo de *La Ondina del Plata*) y Rosario Echenique (con publicaciones también en *La Alborada del Plata*) (Vicens, 284). Emma de la Barra y Carlota Garrido de la Peña también esbozan posturas críticas hacia el campo cultural y, como muchas de sus contemporáneas, dan cuenta de una búsqueda de profesionalización a través de sus proyectos de escritura.

incrementó considerablemente en las primeras décadas del siglo XX, acompañando la profesionalización de las mujeres en los distintos campos del conocimiento” (214). O, en palabras de María Vicens, ““influenciadas por los discursos modernizadores de la época y respaldadas por una incipiente tradición de autoría femenina local, las escritoras de principios del siglo XX se van a distinguir por la asunción de su ambición profesional y los múltiples contactos que desarrollaron en consecuencia con ese incipiente mercado de bienes culturales” (288).

Parecería entonces que aquella candidez de las voces narrativas de algunos de los cuentos infantiles de Elflein –siempre didácticos y moralizantes– (candidez que le valió la construcción de una imagen pública de escritora-maestra<sup>6</sup>) y aquella sumisión hacia la sociedad patriarcal (concretamente, hacia sus empleadores<sup>7</sup>) que despliega en algunos de sus

---

<sup>6</sup> Esta imagen pública puede rastrearse, por ejemplo, en los artículos aparecidos en *Caras y Caretas*. En uno de ellos, en donde se anuncia la reedición del primer libro de Elflein, *Leyendas argentinas* (1906) el elogio de “aquella fluidez ligera y fresca como el chorro de una fuente que caracteriza el estilo de la Srta. Elflein” se basa en los valores atribuibles en la época a las jóvenes respetables: domesticidad, modestia, espíritu didáctico-maternal, patriotismo. Dice la nota anónima de *Caras y Caretas*: “Una nueva edición, corregida y aumentada, de una obra escrita por pluma femenina, cuya competencia literaria está comprobada, ha de ser siempre recibida con aplauso por los amantes de las letras. La distinguida escritora argentina señorita Ada M. Elflein, acaba de dar á la estampa una nueva impresión de la que pudiéramos con justicia llamar su preciosa joya literaria. Comprende el nuevo libro veintidós narraciones patrióticas, que son otras tantas filigranas literarias, escritas en estilo llano, con la concisión propia del cuento, sobrio, preciso, casi siempre conmovedor, suscitando á cada instante sentimientos nobles; brillando en él ya el fulgor del sol que ilumina los ámbitos de la patria, ó el destello del fuego del hogar que alegra y conforta. Esta colección de tradiciones históricas, son páginas arrancadas á la entraña de nuestra historia nacional, en la forma más adecuada para que la enseñanza de ella sea perdurable en las mentes infantiles y en la inteligencia popular”. (*Caras y caretas*, 24.7.1909. N°564, p.43). En otra nota de la misma revista, del 8 de septiembre de 1917, se reitera el elogio elocuente y el apoyo a su obra, pero sin dejar de señalar la coexistencia de esta labor literaria con los deberes atribuidos socialmente al género, tales como femineidad y modestia: “Ada M. Elflein es una de esas mujeres inteligentes y estudiosas que conservan siempre un encantador aroma femenino. Su ilustración sólida se une a su brillante ingenio, pero su modestia la obliga a no manifestarse más que en un círculo íntimo. Pertenece a ese núcleo de intelectuales de las que no hablan de sí misma, sino hacen hablar” (*Caras y caretas*, 8 de septiembre de 1917, N° 988).

<sup>7</sup> En el prólogo a *Leyendas argentinas* (1906) vemos ya su gesto de complacencia hacia los empleadores del diario *La Prensa*: “Mis primeros pasos merecieron un honor inesperado, que

paratextos son parte de una estrategia o *pose* (en términos de Molloy) tendiente a lograr la aceptación social<sup>8</sup>. Ahora bien, esta auto-figuración que puede reconstruirse en la pequeña fracción de su obra hoy conocida (apenas un diez por ciento de todo lo producido por Elflein), ¿se sostiene en sus textos inaccesibles? ¿Qué posicionamiento respecto de las desigualdades de género se lee en las piezas aún ocultas en los archivos? Y, dentro de estos textos nunca reeditados e inaccesibles aún para el lectorado actual, ¿cuáles de ellos echan mano del archivo colonial y para qué? Algo de esta pregunta intenta responder este artículo.

Aunque hoy poco o nada conocida, la obra completa de Elflein, célebre en su época, está compuesta por unas quinientas piezas breves, casi todas aparecidas en *La Prensa* entre 1905 y 1918<sup>9</sup>. Dentro de ella, hay textos

---

si fue un poderoso estímulo entonces, es hoy una fuerza que me lleva por el camino difícil. La dirección de un gran diario argentino, *La Prensa* acogió mis trabajos literarios, distinguiéndome con la colaboración permanente en los folletines dominicales destinado a la lectura en los hogares. Tengo de ese acto un recuerdo imborrable” (1906: vii-viii). Esta actitud de permanente agradecimiento se repite en su último libro publicado en vida, el relato de viajes *Paisajes cordilleranos* (1917), en donde leemos la dedicatoria “A la Dirección de LA PRENSA, bajo cuyos auspicios se realizó este viaje”.

<sup>8</sup> Las reflexiones de Silvia Molloy en torno a las poses autorales de fines del siglo XIX pueden iluminar el proceso de “normalización” (en el sentido de maestra normal, de quien ejerció la docencia muy brevemente y solo como institutriz de alumnos particulares) y de dessexualización (el rol de escritora maestra obturaba cualquier reflexión o crítica sobre su “particular” –para la época– vida privada: mujer soltera, sin hijos, económicamente autónoma y conviviente con otra mujer. Escribe Molloy: “En Hispanoamérica, la pose finisecular plantea nuevos patrones de deseo que perturban y tientan a la vez. Por eso –para conjurar su posible carga transgresiva, por lo menos homo-erótica– se la suele reducir a la caricatura o neutralizar su potencial ideológico viéndola como mera imitación. Se la acepta como detalle cultural, no como práctica social y política” (Molloy, 2017: 4). Respecto de la vida privada de Elflein, comenta Dora Barrancos: “Aunque la homofobia estaba a la orden del día, y hasta era de pésimo tono aludir siquiera a relaciones homosexuales, no parece haber habido una cruzada especial contra quienes se orientaban en eróticamente hacia esos vínculos, aunque algunos ensayos basados en el pensamiento higienista y psiquiátrico de la época se hayan empeñado en demostrarlo. Pero todas las mordazas no impedían las transgresiones, como siempre ha ocurrido. Más allá de lo que parecía inexpugnable, muchas personas se las ingeniaban para tener libertad sexual. Una figura como Ada Elflein, periodista y escritora de origen alemán, que adhirió al feminismo, mantuvo probablemente una larga relación amorosa con Mary Kenny, con quien vivió hasta su prematura muerte” (Barrancos, 151).

<sup>9</sup> Elflein publicó casi toda su obra en *La Prensa* (con excepción de los cuentos incluidos en el libro *Cuentos históricos nacionales*, hasta donde sabemos nunca aparecidos en el diario). Aunque ampliamente leídos en la época (“el diario *La prensa*, para las primeras décadas del

sumamente obedientes a las pautas sexo-genéricas de principios del siglo XX, que alternan aleatoriamente y a lo largo de sus catorce años de producción con otros de tono más contestatario y proto-feminista. Durante los primeros años de su trabajo en el diario, los cuentos de su folletín dominical (titulados durante 1905 y 1906 “Leyendas argentinas para niños”, “Leyendas argentinas” en 1907 y “Realidades y ficciones” en 1908 y 1909) eran de tinte marcadamente patriótico, en general dirigidos a un lectorado infantil y fueron, en su mayoría, “levantados” del diario, corregidos por la autora y re-editados en formato libro. Así nacieron los volúmenes *Leyendas argentinas* (Buenos Aires, Cabaut, 1906) y *Del pasado* (Buenos Aires, Martín García ed., 1910)<sup>10</sup>. Esta escritura tan obsecuente respecto de las expectativas sexo-genéricas dominantes durante el Centenario (su literatura reeditada apunta a educar al soberano: argentinizando y disciplinando) no fue tan solo una estrategia de ingreso y de consolidación en la cultura literaria de principios del siglo XX. Los cuentos funcionales a esa discursividad oficial persisten durante sus catorce años en *La Prensa*. Sin embargo, el rastreo en los archivos del diario revela que, en simultáneo con aquella narrativa laudatoria hacia “los padres” de la patria (la que le valió ser recordada como una precursora de la literatura infantil argentina), Elflein produjo también innumerables textos altamente conscientes de las desigualdades de género. Contestatarios y denunciadores, más incómodos para la idiosincrasia nacionalizante y disciplinadora de entonces, alejados del lugar de didactismo literario en el que la colocaba la

---

siglo XX, tenía una tirada diaria de 100.00 ejemplares, cifra que aumentaba los domingos”, Ulanovsky, 21), la mayoría de estos textos resultan hoy desconocidos para el lectorado actual, dado que resultan inaccesibles porque nunca han sido “levantados” del diario y reeditados en libro. Con el objetivo de preservar y dar a conocer la obra completa de Elflein, hemos creado la plataforma digital [www.archivoelflein.ar](http://www.archivoelflein.ar). Se trata de un proyecto en donde se relevan, disponibilizan y describen a partir de metadatos estructurados, la totalidad de la obra de esta escritora.

<sup>10</sup> Ambos libros, como así también los relatos de viajes, se hallan digitalizados y disponibles en el portal de la Biblioteca Nacional de Maestras y Maestros: <https://bnm.educacion.gob.ar/catalogo/Search/Results?lookfor=ada+elflein>.

sociedad, estos textos dan cuenta de variadas formas de la discriminación hacia las mujeres. Muchos de sus textos nunca levantados de la prensa ofrecen una mirada menos complaciente hacia el *establishment* que aquellos tantas veces reeditados. Dentro de los textos desconocidos para el lectorado actual, algunos presentan claras denuncias hacia las desigualdades de género: a través de tematizar la violencia machista de novios/esposos/padres o jefes (“La trenza de Fortunata”, “La vizcachera”, “El señor”, “El tirano”, entre muchos otros), a través de crear personajes femeninos con historias de vida autónoma y profesional (“Moiselle”, “La institutriz”, “La pensión”, “Un gato nomás”, entre otros<sup>11</sup>) de narrar relatos de viaje de mujeres independientes<sup>12</sup> o bien de rescatar de los archivos coloniales casos célebres –olvidados o menospreciados por la historiografía oficial contemporánea a Elflein– de mujeres históricas y/o míticas, tales como Isabel de Guevara, la Maldonada y Lucía Miranda. Este artículo propone –a partir del análisis de tres notas históricas sobre mujeres de la Colonia y teniendo en cuenta algunas nociones sobre archivos en Occidente (Latour, Taylor)– que el trabajo con los archivos coloniales le permitió a Elflein enunciar –a través de la reescritura en clave de género de determinadas fuentes jesuíticas-- una crítica al sistema sexo-genérico de su época y marcar su disidencia respecto de la mirada dominante sobre la labor historiográfica.

### ***El archivo como estatuto de verdad no objetiva***

¿Cuáles son los procedimientos de transmisión del conocimiento letrado?, ¿cómo se transmite algo con autoridad y originalidad?, ¿cómo se convence al otro acerca de un determinado saber que se pretende instalar como “verdad”? Estas son algunas de las preguntas que se hace Bruno Latour

---

<sup>11</sup> Abordé algunos de estos cuentos en mi artículo ““Archivo y trabajo en clave de género: un recorrido a partir de Ada Elflein”.

<sup>12</sup> Se han ocupado de analizar detalladamente estos relatos de viaje María Vicens y Mónica Szurmuk.

en sus cavilaciones sobre los mecanismos de construcción del saber y de la ciencia, plasmadas en el capítulo “Visualización y cognición. Pensando con los ojos y con las manos” (*La balsa de la medusa*, 1998). Tomemos por ejemplo los viajes de los conquistadores y exploradores del siglo XVI, propone Latour: ¿qué necesitaban hacer para que, al regresar ante el rey que había financiado su expedición, el relato de lo que habían visto y descubierto fuera creíble? Necesitaban llevar de regreso algo: una inscripción, una escritura, un mapa, algún tipo de archivo y procesamiento de lo que habían descubierto. De lo contrario, su viaje no tenía sentido. En 1785, narra Latour, el explorador francés Lapérouse es enviado por Luis XVI a una expedición a la China “con la misión específica de traer a su vuelta un mapa preciso de aquel país” (Latour, 84). Al llegar a destino y tras conversar con los nativos, Lapérouse intenta averiguar si Sakhalin, uno de los puntos difusos de su mapa borrador, es una isla o una península. Un lugareño anciano se pone de pie y le dibuja un mapa sobre la arena. El mapa es rápidamente borrado por el agua. “Los chinos”, explica Latour, “oriundos de la isla y llamados a morir en ella, no necesitan dejar rastro mediante el mapa, ya que pueden generar tantos como quieran. Pero Lapérouse no va a permanecer en la isla más allá de una noche y debe llevar algo de regreso para satisfacer a Luis XVI. ¿Qué hace entonces? Se dispone a dibujar el mapa en su cuaderno” (Latour, 85). La expedición fue exitosa, dice Latour, porque Europa logró inscribir a través de la escritura (el mapa, en este caso) determinado saber sobre el Otro: un saber móvil, transportable, inmutable, visible y combinable con otros saberes previos. Europa fue imperio porque logró, a través del acopio de archivos, ser quien inscribe y describe las otredades, bajo sus propias pautas de nominación y descripción. La modernidad, concluye Latour, es “un efecto de archivo” (111). Un archivo en tanto dispositivo tecnológico para decir qué es verdad y qué no. En este sentido, no hay imperio sin archivo, no hay posibilidad de

consolidar un poder si no hay un conjunto de documentos, de dispositivos móviles, inmutables y legibles que avalen esa autoridad (Latour, 112).

Por su parte, Diana Taylor, un poco en línea con estas nociones del archivo en tanto dispositivo de verdad, propone que Occidente: “valora la memoria de archivo que se preserva a través de fotos, documentos, textos literarios, cartas, restos arqueológicos, huesos, videos, disquetes, es decir, todos aquellos materiales resistentes al cambio” (Taylor, 154). Esta capacidad del archivo --de ser “movible” e “inmutable”, en términos de Latour-- es descripta así por Taylor: “El archivo opera a través de la distancia: tanto en términos temporales como espaciales”, hace posible la separación “entre la memoria de archivo y el conocimiento de aquel que conoce, en tiempo y/o espacio” (154). Sin embargo, algo en él es inevitablemente mutable: “Lo que cambia con el tiempo es la interpretación, la relevancia o el significado atribuido al archivo”:

“Hay muchos mitos en relación al archivo. Uno de esos mitos es que el archivo no es mediatizado, es decir, que los objetos que allí se encuentran tienen un significado concreto y estable independientemente del proyecto que los llevó a formar parte del archivo. Pero lo que hace que un objeto sea archivable es el proceso a través del cual ese objeto se seleccionó para determinado análisis”. (Taylor, 154).

A través de estas mínimas coordenadas teóricas leemos las reversiones que hace Elflein del archivo colonial. Creemos que, si eligió reescribir textos jesuítcos sobre mujeres de la conquista de América y cartas “originales” de la época (como la de Isabel de Guevara) fue porque esos documentos, en tanto partes fundantes del archivo americano, tenían (tienen) socialmente un estatuto de verdad. Pero la conciencia de ese espesor de “verdad documental”, por llamarla de algún modo, parece haber operado en estas reescrituras de Elflein junto a otra convicción que la autora pone a funcionar en sus reversiones: ese poder --el haber sido constituidos como portadores de una supuesta verdad histórica-- no impide que estos textos puedan ser,

como propone Taylor, reescritos, reinterpretados, pues sus significados no son independientes de los proyectos políticos que los convirtieron en archivables.

### ***El archivo colonial en la obra de Elflein***

Los textos sobre la época colonial –ya sean notas históricas o cuentos ambientados en el periodo que va desde la primera fundación de Buenos Aires hasta la Revolución de Mayo– son alrededor de cincuenta y constituyen uno de los cuatro grupos principales en los que puede dividirse la narrativa elfleiniana<sup>13</sup>. Para la redacción de sus notas históricas, Elflein realizaba un arduo trabajo de investigación de fuentes: leía a diversos cronistas, los cotejaba, adaptaba y criticaba, a la manera de una historiadora profesional. Entre las obras que más consultaba, se hallan: la *Historia de la conquista del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán* (1730) de Pedro Lozano, la *Historia del Paraguay* (1756) de Pierre François Xavier de Charlevoix, la *Historia De La Conquista Del Paraguay, Rio De La Plata y Tucumán* (1767), de José Guevara<sup>14</sup> y la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* (1847) de Félix de Azara. Con menor asiduidad, también cita la *Argentina y conquista del Río de la Plata* (1602) de Martín del Barco Centenera, *La Araucana* (1569, 1578 y 1589) de Alonso de Ercilla y Zúñiga, la *Argentina* (1612) de Ruy Díaz de Guzmán y la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, compendio del erudito italo-argentino, Don Pedro de Angelis, editada en 1835.

---

<sup>13</sup> Los otros tres grupos, según propongo en mi artículo “Ada Elflein: archivo y patrimonialización”, serían: 1. los cuentos ambientados en el siglo XX; 2. Los cuentos y notas históricas sobre el siglo XIX (la mayor parte); 3. los relatos de viaje.

<sup>14</sup> Esta obra permaneció inédita, al igual que *La Argentina*, de Ruy Díaz de Guzmán, hasta que Pedro de Angelis la rescató en 1836 en su *Colección de documentos referentes al Río de la Plata*.

Dentro de las notas históricas, algunas se dedican a rescatar y ponderar el trabajo y la participación política de ciertas mujeres de la época colonial. En este sentido, lo que comparten “Doña Isabel de Guevara” (*La Prensa*, 27 de septiembre de 1908), “La Maldonada” (*La Prensa*, 1º de mayo de 1910), “Lucía Miranda” (*Cuentos históricos nacionales*, 1911), “Niñas heroicas” (*Cuentos históricos nacionales*, 1911) y “Las alhajas” (*La Prensa*, 19 de mayo de 1912) es el deseo de que el gran público que leía *La Prensa* conociera sus esfuerzos por la patria. Así se abre la primera nota sobre mujeres de la colonia:

“Lo que no todos conocen es el papel que las mujeres desempeñaron en esas aventuras, los sufrimientos sin nombre que soportaron, la fortaleza de ánimo de que dieron muestra cuando los hombres se doblegaron ante el exceso de fatigas y perdieron valor y esperanza frente a las múltiples y extrañas tribulaciones que cayeron sobre ellos en esta tierra nueva, ignota y hostil. Nadie ha medido los tesoros de amor, de energía, de resignación y de fe que derramaron sobre sus compañeros en aquellos días aciagos y grandes, cuya relación leemos hoy como peregrinas y fantásticas leyendas. Doña Isabel de Guevara no es sino una entre muchas mujeres de aquellas horas”. (Elflein “Doña Isabel de Guevara” p.7).

Tras este inicio –una suerte de manifiesto filo-feminista para todo el conjunto-- en relación a la carta de Isabel de Guevara, aclara Elflein: “Esto no es un cuento. No corresponde a las ‘Ficciones’, sino a las ‘Realidades’<sup>15</sup>. Escrita por una mujer y dirigida a otra, la carta que se leerá más adelante, está destinada a iluminar una página poco conocida de la vida en América” (“Doña Isabel de Guevara”, p.7). Aunque el desconocimiento respecto de la actuación femenina es, plantea Elflein, hacia todas las mujeres --desde la llegada de los españoles al Río de la Plata hasta su Independencia en 1816-- las de los siglos

<sup>15</sup> Recordemos que durante el bienio 1908-1909, Elflein tituló a su folletín “Realidades y ficciones”, haciendo un juego intertextual con el libro *Sueños y realidades* (1865) de su admirada Juana Manuela Gorriti.

XVI al XVIII resultan más desconocidas que las del siglo XIX, en años previos a la Independencia:

“No se sabe mucho de la actuación femenina en nuestra agitada, laboriosa y fecunda historia de la conquista y colonización en la Argentina. De vez en cuando, alguna amazona empuña las armas y monta a caballo para repeler las tribus indígenas sublevadas, o para cruzar los desiertos e ir en busca de un esposo consagrado en capitulaciones, aportándole como dote, gobernaciones y provincias. Otras ofrecen sus tesoros, sus hijos, se despojan de cuanto poseen para entregárselo a la patria angustiada, cuando la patria se forma y se yergue en el conjunto de las elaboraciones sociales de los pueblos nuevos. Sus nombres suenan como notas claras de campana en el gran concierto de las abnegaciones y de las conquistas morales. Juana Azurduy de Padilla, Manuela “la tucumanesa”, Manuela Pérez, las mendocinas que en 1817 donaron sus alhajas a San Martín para equipar su ejército de los Andes; las porteñas que quisieron grabar su nombre en cada fusil de los soldados patriotas: todas ellas son bien conocidas. Pero, ¿quién fue Isabel de Guevara? ¿Han oído su nombre alguna vez los que buscan estrellas en estos mundos todavía oscuros? ¿Qué sabe de ella la gran masa del público? Nada, o poco, se sabe. Es una mujer de la conquista, de la primera hora, de la época triste que sirvió, empero, de base a toda la historia nuestra que va como río internándose en lo futuro”. (Elflein “Doña Isabel de Guevara” p.7).

Como es habitual en sus notas históricas, Elflein aclara de dónde toma los datos y su rol de editora/reseñadora sobre esa fuente primaria:

“Su nombre se ha conservado gracias a la carta que dirigió a la regente doña Juana, y que tomamos de la colección de *Cartas de Indias*<sup>16</sup>, modernizando la ortografía para facilitar su lectura, pero sin alterar en lo más mínimo su construcción, ni quitar concepto alguno. Conserva su sabor arcaico y también la ingenuidad y sencillez, que son las grandes pruebas de su veracidad. (Elflein “Doña Isabel de Guevara” p.7).

---

<sup>16</sup> Se refiere al *Archivo de Indias* de Sevilla. No creemos descabellado conjeturar –dado que era hija de padres alemanes y que posee varios cuentos en donde ficcionaliza sus visitas a Alemania, tales como “Elsa”, “La prima de América”, “El viaje de la Editha”–, que Elflein tal vez efectivamente pudo consultar en España estos archivos coloniales.

El procedimiento de esta primera nota colonial se repetirá en las siguientes<sup>17</sup>: abrir el texto con un primer apartado que presenta al personaje, fundamentar el sentido de recordarlo o recordarla (se trata siempre de alguien que, para Elflein, ha sido injustamente olvidado por la historiografía oficial y cuya figura debemos reivindicar), y luego aclarar la fuente de la cual toma los datos principales. Un segundo –y a veces un tercer– apartado narra los eventos heroicos más destacados de su vida y, finalmente, la nota se cierra con alguna reflexión o una máxima moralizante desprendida del caso particular analizado. En el texto sobre Guevara, tras los apartados II y III en donde se transcribe la carta completa, la nota se cierra retomando la propuesta filo-feminista del comienzo:

“Los árboles de esa especie no mueren fácilmente, aunque el terreno no les sea propicio. Hunden sus vigorosas raíces en el suelo, se clavan, se afirman, se levantan, ofrecen sus copas al sol y a las tormentas, y triunfan de todo lo que se oponga a su crecimiento y desarrollo. Más tarde dan sombra y fruto a la tierra, valor al hogar y a la historia, gloria a la raza”. (Elflein “Doña Isabel de Guevara” p.7).

Además del rescate de una figura femenina completamente desconocida para el lectorado de principios del siglo XX, la nota “Doña Isabel de Guevara” implica una toma de posición en el debate historiográfico de la época, aunque probablemente el folletín de Elflein ni siquiera fuera leído por los intelectuales del oficialismo<sup>18</sup>. Dentro de la “genderización” de

<sup>17</sup> Esta estructura se da tanto en las notas coloniales sobre mujeres como en las de personajes masculinos, tales como: “El primer historiador del Río de la Plata” (10 de octubre de 1909), “Un Nerón americano” (17 de mayo de 1914); “Juan Sebastián del Cano” (30 de julio de 1916); “La rebelión de Tupac-Amaru” (5 de agosto de 1917); “Don Juan Ramírez de Velasco” (24 de noviembre de 1918).

<sup>18</sup> Esta sospecha respecto de la indiferencia masculina se desprende de la lectura de la reseña de Eizaguirre, en donde el autor refiere las opiniones de sus colegas masculinos en torno a la obra de la escritora: “La muerte de Ada María Elflein ha determinado dos movimientos en el público. El uno de curiosidad que podríamos reducir a los términos de esta cuestión: ¿Valían real y positivamente Ada Elflein y su obra?; el otro de decidido homenaje, de veneración y de cordial cariño. [...]. El primero de los movimientos, el de curiosidad, corresponde a los eruditos, a los grandes autores, a los escritores elogiados por el reducido público que se deleita atribuyéndose un poder consagratorio: éstos conocían la existencia de

profesiones y trabajos (las tareas intelectuales eran estricto privilegio masculino, la docencia en tanto versión mejorada de la maternidad y de los cuidados hacia la infancia estaba tolerada para las mujeres<sup>19</sup>), un mecanismo que de seguro hacía menos insoportable la presencia de la primera periodista mujer en *La Prensa* fue el relegamiento de Elflein al área de la ficción y, dentro de ella, de la literatura infantil<sup>20</sup>. Y si la ficción infantil era aceptada en escritoras mujeres, la historia “seria” era terreno privativo de los hombres y, además, de los hombres blancos. Esta concepción racista y sexista del ejercicio historiográfico era la predominante en la llamada Generación del Centenario y la que puede desprenderse de textos como “Ruy Díaz de Guzmán: La Argentina. Historia de las provincias del Río de la Plata” de Paul Groussac o de varios de los artículos de Ricardo Rojas publicados por esos

---

esta escritora pero superficialmente, pues no se habían dignado dedicarle su atención de una manera especial. Sabían que escribía cuentos dedicados a los niños en los folletines dominicales de *La Prensa* desde hace años, pero no habían leído esos cuentos por aquello de lectura dedicada y obra de encargo carecen generalmente de significación. Tampoco habían visto figurar a esta mujer en las fiestas brillantes ni en los cenáculos literarios, y como además carecía del resonante patrimonio de un viejo abolengo y no se hacía ver ni buscar, no tenían un juicio exacto acerca de ella ni del mayor caudal de su obra literaria” (Eizaguirre, 93).

<sup>19</sup> José Maristany se detiene en este proceso de genderización en las escritoras maestras de principios del siglo XX.

<sup>20</sup> Si bien las periodistas mujeres en actividad a principios del siglo XX eran muchas más que las del siglo XIX (en parte, gracias a los efectos de alfabetización masiva de la Ley 1420 de educación primaria obligatoria y gratuita), la mayoría trabajaba en revistas feministas, en pequeños diarios, de manera aleatoria y sin contrato formal. Entre ellas, cabe mencionar a: Victorina Malharro en *El Pueblo* y *El Hogar*; Rosario Puebla de Godoy en *Caras y Caretas*; Salvadora Medina Onrubia en *Fray Mocho* y *P.B.T.*; Herminia Brumana en *Caras y Caretas*, Mercedes Dantas Lacombe en *La Nota*, *Nosotros* y *Mundo Argentino*; Carlota Garrido de la Peña en *La Capital* de Rosario; Beatriz Donato en *La nota*; Victoria Gucovsky en *La Nación* y en *La Vanguardia*, y a María Emilia Passicot, María Torres Frías, Benita Campos, Elia M. Martínez y Ema de la Barra en la revista *Búcaro americano* (1896-1908), dirigida por Clorinda Matto de Turner. La escritora más conocida de esta generación, Alfonsina Storni, empezaría a publicar en el diario *La Nota* en 1919 y en *La Nación* recién para 1922. Dentro de este segundo diario, en el suplemento dominical, entre abril de 1920 y julio de 1921, apareció la columna *Bocetos femeninos*, firmada por *Tao Lao*, seudónimo de Storni. Como ha demostrado Tania Diz, en estos textos Storni “deconstruye las dicotomías genéricas e ironiza exaltando la rigidez de las mujeres hechas en serie bajo las exigencias del mercado laboral” (8). Aunque Elflein no tuvo nunca el tono contestatario de Storni, sí creemos que sus textos funcionaron de antecedentes facilitadores de las posturas feministas más radicales de algunas escritoras inmediatamente posteriores.

años en el diario *La Nación*, entre otros<sup>21</sup>. Quizás a esta genderización se deba la proliferación de cuentos infantiles ambientados en el siglo XIX en la obra elfleiniana: fue la vía de acceso a la historia argentina que encontró Ada Elflein. Detengámonos brevemente en algunas concepciones de Groussac en torno a las figuras de la Maldonada y de Lucía Miranda, dos de las tres figuras femeninas coloniales de las que se ha ocupado Elflein, y cuyas historias han sido narradas por primera vez por Ruy Díaz de Guzmán. Para Groussac (el artículo que citamos es unos pocos años posterior a las notas de Elflein pero da cuenta de una mentalidad intelectual que gravitaba en el horizonte de valores de la época), Ruy Díaz de Guzmán no es un historiador confiable ni serio, básicamente porque es mestizo (hijo de madre india y padre español), fabulador y poco formado. Su escritura es considerada con el mote -- desprestigiante para Groussac-- de “ficcional” y sus leyendas sobre la Maldonada y Lucía Miranda como “novelones” (264)<sup>22</sup>. El autor francés

<sup>21</sup> La llamada Generación del Centenario agrupó a un conjunto de literatos que produjeron textos fuertemente nacionalistas y machistas, considerados “nativistas” (en donde defendían la “criollez” en desmedro de los extranjeros, los indígenas, las mujeres y los pobres) que ingresaron en nuestro canon literario como las obras representativas de la argentinidad. Entre ellas, cabe mencionar: los relatos de *En la tierra* (1884), Miguel Cané (en donde se ficcionaliza una esencia criolla, superior moralmente a la del extranjero advenedizo); Joaquín V. González escribe *La tradición nacional* (1889); Lugones, *La guerra gaucha* (1905) y *El Payador* (1913-1916); Ricardo Rojas recopila en *Cosmópolis* (1908) sus artículos de *La Nación* y luego publica al año siguiente *La restauración nacionalista* (1909); Martiniano Leguizamón, *Alma nativa* (1906); Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga* (1910). Todas estas obras pueden tomarse como ejemplos de las reacciones que, desde una matriz conservadora –a veces no exenta de cierto liberalismo reformista, como en González– buscaban significar una entidad nacional que hiciera frente, desde lo simbólico, a la heterogeneidad social incontrolable generada por las oleadas de inmigrantes y por el ingreso masivo de las mujeres al sistema público educativo y al mundo laboral. Dentro de *Cosmópolis*, en los primeros tres capítulos –“Cosmópolis”, “El patriotismo”, “Las nacionalidades”– el joven Rojas despliega su defensa de las raíces castizas, del catolicismo, de la tradición, desarrollando así una noción de legitimidad para la vieja casta de criollos amenazados ante los cambios estructurales de la Argentina de principios de siglo XX.

<sup>22</sup> Veamos un pasaje de Groussac, para quien el autor de *La Argentina* es un autor de “cuentos estupendos” (32) dirigidos no al a verdad histórica sino prestigiar a su familia (y, por ende, “lavar” su origen mestizo), a través de resaltar el valor de su tío, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de su padre Riquelme y de su abuelo, Martínez de Irala: “No hay obstáculos para un Guzmán. [...]. A la falta de información y veracidad, junta Ruy Díaz la ausencia completa de crítica. Demos de barato las epifanías, celestes intervenciones y de más milagros admitidos por la mentalidad contemporánea –y de que harán tan abundante y divertido consumo los jesuitas,

también desprestigia –por inscribir en la línea de fabuladores– a los historiadores jesuitas Lozano y Guevara, textos de cabecera para Elflein. En este sentido, creemos que la reflexión en torno a la construcción de la materia historiográfica con la que Elflein abre “La Maldonada”, su segunda nota sobre mujeres coloniales, puede ser leída como una toma de posición contraria a la pregonada por los intelectuales de la época, para quienes las voces más débiles (autores mestizos, mujeres, jesuitas) quedaban del lado más “subjertivante”, emocional y romántico –ergo, poco serio– mientras que las voces dominantes (blancas, masculinas, oficiales) darían cuenta de una supuesta “objetividad”, embanderados bajo la creencia en la razón pura y la superioridad de raza y género. Escribe Elflein:

“En todas las grandes épocas históricas, cuando la acción de los hombres y de los pueblos conmueve con acontecimientos portentosos la vida ordinaria, la leyenda florece e insensiblemente mezclase a la verdad, como si esta, poderosa en sus recursos, no fuese suficientemente eficaz para trazar los cuadros vividos. Cuanto más heroicos son los tiempos, tanto más fecundos son en ficciones. Todos los historiadores conocen este fenómeno y saben cuán difícil es a menudo medir las acciones y los hechos y separar la fábula de la verdad. [...] No forma excepción de esta regla la epopeya del descubrimiento y la conquista de América [...]. Las nuevas regiones se presentaban tan fantásticas, llenas de extraños peligros, de seres, animales y objetos tan sorprendentes, que la imaginación española y, en general, de todos los pueblos de Europa, desplegó sus alas y emprendió vuelos extraordinarios, salpicando con incidentes maravillosos cada paso de los guerreros de la conquista” (Elflein “La Maldonada” p.9).

---

continuadores de Guzmán-- para referirnos tan solo a las patrañas comunes que no pretenden salir del orden natural y no se rozan con la ortodoxia. [...] no basta ponderar las elásticas tragaderas del cuentista, como si se redujera su papel pasivo al del verso famoso “Como me lo contaron, te lo cuento” [...]. Por él se han introducido en la historia, donde las conservarán los sucesores, aquellas extravagancias de los pigmeos, de la ciudad encantada, de Siripo y Lucía, de la Maldonada... resultan deformadas por la monstruosa exageración... ella es ración diaria que nos brinda el incansable machacón, con una persistencia monótona que, a la larga, torna intolerable la lectura” (Groussac, 32).

Las operaciones de Elflein son breves pero contundentes: la difuminación de las fronteras entre historia y ficción –tan vilipendiada por Groussac-- es propia de todo proceso historiográfico; la ficción se valora positivamente (surge en los momentos heroicos de un pueblo); lejos de deberse a la condición racial o de género del historiador, la presencia de lo ficcional en los relatos de la conquista de América se palpa en las crónicas españolas, para influir luego a otros cronistas europeos. Se va gestando así la postura indigenista de Elflein, la cual será claramente legible en varias de sus notas y cuentos posteriores<sup>23</sup>. La ficción o la leyenda, lejos de ser materia de historiadores de dudoso origen, se ha iniciado en las crónicas de los españoles de pura cepa:

“Los santos bajan del cielo para hachar en las filas cristianas contra los enemigos, naturalmente, infieles; un ángel aparece para guiar a una familia española, abandonada en la soledades; las fieras se amansan ante la inocencia de una pobre mujer, y los elementos suelen unirse para dar al europeo la victoria sobre el indígena. Todo esto, a parte de los tesoros indios guardados por espíritus, de las belicosas Amazonas vagando en las selvas brasileñas, de la Ciudad de los Césares, ideal recinto de poderío buscado con afán maravilloso por aventureros hambrientos de oro. Las tradiciones seducen y atraen el espíritu, y como muchas otras cosas en la vida intelectual de la humanidad si no reflejan puramente la verdad, sirven para buscarla y encontrarla a través de un camino fantásticamente iluminado”. (Elflein “La Maldonada” p.9).

A partir de estas reflexiones, Elflein corre el eje de la discusión: ya no importa la condición de quien narra –su género, su raza, su clase– sino su relación con el poder y el lugar de su escritura respecto de los intereses económicos de la conquista. Hay una verdad en la ficción, propone la autora, aunque no haya siempre veracidad referencial.

---

<sup>23</sup> Tales como los cuentos “No ha í ser”, “Gratitud de un indio”, “Los gatos”, “El dios mailgno”, “Rucuyá”, entre muchos otros; y las notas históricas “La evasión” (en donde Elflein narra detenidamente el despotismo y la crueldad de los conquistadores, en especial del gobernador capitán Domingo Martínez de Irala); “Ollantay”, “Los indios”, “Fábulas indianas”, “La rebelión de Tupac-Amaru”, entre otras.

Volvamos a la nota sobre Isabel de Guevara. Tal vez lo más interesante de ella sea el análisis crítico-textual de Elflein sobre esta carta: “No menciona el nombre de ninguna compañera”, aclara sobre la escritura de Doña Isabel: “pero tampoco quiere singularizarse entre ellas la autora. Nos muestra a las mujeres en conjunto, unidas, firmes, tenaces, abnegadas, con voluntad de acero y almas desbordantes de piedad, ocultando los propios dolores, las propias fatigas de hombres y mujeres para levantar el espíritu desfallecido de los soldados”. (“Doña Isabel de Guevara”, p.7). Lo que resalta Elflein sobre esta carta coincide con el análisis que hacen las colonialistas actuales: se trata de “un plano narrativo con un protagonista femenino colectivo” (Quispe-Agnoli, 88); “una urdimbre textual en la cual Isabel de Guevara va desentrañando su propio yo femenino” (Tieffemberg, 288); “el reclamo incluye lo económico pero lo sobrepasa: es también un reclamo de género”, ya que “Guevara no solo narra el hambre padecida en el Río de la Plata y la flaqueza de los hombres, sino por sobre todo el gran trabajo ejercido por las olvidadas mujeres –entre las que se encuentra ella– que arribaron a este espacio (...) su carta es la primera escritura de/desde una comunidad femenina ligada a este territorio” (El Jaber, 37). La carta sobrepasa el reclamo personal y es en verdad, como percibió Elflein en 1908, un alegato en defensa del género.

En “La Maldonada” (*La Prensa*, 1º de mayo de 1910)<sup>24</sup>, tras la apertura en donde Elflein deja sentada su posición respecto de los elementos ficcionales, la autora cita a del Barco Centenera para enmarcar la leyenda en la era del hambre. Luego, narra aquel episodio basándose en el texto “del padre Lozano” (es decir, en *Historia de la conquista del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán*<sup>25</sup>). Se citan fragmentos del Canto IV de *La Argentina*, de Miguel del

<sup>24</sup> Cabe aclarar que a lo largo de 1910 Elflein publicó treinta y dos textos en el folletín dominical de *La Prensa* y que ninguno de ellos, hasta la fecha, ha sido reeditado.

<sup>25</sup> Son varias las notas históricas en donde Elflein se basa en el texto de este fraile, cuya obra admira y elogia, como así también la labor –que considera pacificadora y educadora– de los jesuitas en América. Entre las notas basadas en Lozano, cabe mencionar: las “Un aventurero

Barco Centenera, de *La Argentina manuscrita* de Ruy Díaz de Guzmán y pasajes del texto de Lozano. Escrita, según aclara Elflein hacia el final del texto, “a pedido de algunos lectores”– cuenta la leyenda de la Maldonada, una mujer española que, durante la época de la “fundación” de Buenos Aires, alrededor de 1535, sobrevivió al hambre gracias a la gratitud de una leona. Dada la falta total de alimentos en los asentamientos castellanos durante la primera fundación de la ciudad portuaria, una mujer conocida como “la Maldonada” huye en busca de las tolderías indias, en donde espera conseguir comida y salvarse así de la muerte por inanición. Tras caminar todo un día río arriba, se refugia para pasar la noche en una cueva. Allí se encuentra con una leona parturienta, a quien ayuda a dar a luz a sus dos leones gemelos. Luego de unos días en la cueva, la Maldonada sigue su camino, llega a las tolderías, y es tomada por esposa por uno de los caciques. Vive con los indios hasta que un día es hallada por los españoles, quienes la reconocen y deciden castigar su huida a tierra adentro atándola a un árbol, para que muera devorada por las fieras. Pero entre las fieras atacantes, aparece la leona quien, en gratitud hacia la mujer, la protege y le lleva comida. A los tres días regresan los españoles y, en vez de hallar el cadáver de la Maldonada, se encuentran con la mujer y la leona a sus pies.

Sobre la base del texto de Pedro Lozano, Elflein realiza una serie de operaciones modalizadoras que, aunque sutiles, logran darle un giro de género a esta leyenda, que pasa así de ser un caso de mala conducta femenina –según se lee en el texto del historiador jesuita-- a una historia de solidaridad entre fiera madre y mujer blanca. Tras ser asistida en su parto, “la leona demostró prontamente su gratitud: dejola acomodarse con tranquilidad en su cubil, y en los días subsiguientes compartió con su amiga humana el producto de sus cacerías” (Elflein, “La Maldonada”, 1910). Así, la leyenda re-

---

en tiempos de la conquista”; “La leyenda de la Ciudad de los Césares”; “Nomenclatura geográfica”; “Un Nerón americano”; “El gobernador criollo”.

versionada por Elflein se torna una historia de sororidad femenina, en donde fiera y humana se amparan mutuamente para protegerse de la violencia de los hombres castellanos (del gobernador Francisco Ruiz Galán se dice que “se manejaba a horca y cuchillo, castigando con la muerte las más leves faltas”). También resultan amparadores los indios, quienes en esta versión no solo albergan a la Maldonada en sus tolderías sino que son también ellos víctimas de la soberbia europea. Respecto de la estancia de la Maldonada en tierra adentro, leemos: “En su excursión, los soldados audaces se alejaron bastante de la ciudad y llegaron hasta unas tolderías indias, donde con sorpresa vieron a su compatriota, la que al parecer se hallaba muy bien entre sus nuevos amigos. Apoderándose de ella y no sin alguna violencia, la condujeron hacia el gobernador” (Elflein, 1910). Al igual que la leona, los nativos son nombrados en la crónica de Elflein como “amigos” de la protagonista.

Esta mirada pro-indigenista de Elflein no se sostendrá en el relato *Lucía Miranda*<sup>26</sup>. Pero lo que sí seguirá en pie en este texto es la centralidad de la protagonista femenina, como hemos visto en las dos notas anteriores. Cotejando los relatos de Ruy Díaz de Guzmán y de Pedro Lozano con el de Elflein, la principal y gran diferencia del texto de 1911 es la centralidad otorgada a la mirada de Lucía. Si bien Elflein sostiene algo de la victimización de la protagonista --ya creada en los cronistas coloniales (en el sentido de que aún en su relato Lucía muere como una mártir)-- en la versión de 1911 las emociones y decisiones de la andaluza ocupan un lugar central en la

---

<sup>26</sup> “Lucía Miranda” nunca se publicó en el diario *La Prensa* (con seguridad, no al menos en el folletín dominical a cargo de Elflein entre 1905 y 1918). Forma parte, junto con otros veinte cuentos, del libro hoy casi inhallable *Cuentos históricos nacionales* (editado por Maucci Hnos. en 1911). Hasta donde sabemos, estos veintiún cuentos fueron los únicos que Elflein publicó por fuera del periódico y aparecieron en primer lugar como fascículos independientes, coleccionables (tal vez de venta en los puestos de diarios) en el marco de lo que los editores llamaron “Biblioteca del Niño Argentino”.

narración en desmedro de las las alabanzas a la valentía de los varones españoles, muy presentes en Lozano<sup>27</sup> y ausentes en Elflein.

Recordemos brevemente el argumento: en el fuerte de *Sancti Spiritus*, a orillas del Río de la Plata, en 1532, los españoles al mando de Don Nuño de Lara pasan hambre por haber sido privados de las vituallas que cotidianamente les facilitaban los nativos de lugar. El timbú Mangoré se enamora de Lucía Miranda, esposa devota y fiel del andaluz Sebastián Hurtado, y la codicia ciegamente<sup>28</sup>. Decide atacar el fuerte *Sancti Spiritus* con el engaño de llevar vituallas a la hambrienta población la noche en que la mayor parte de los hombres cristianos han salido en busca de alimento. Tras convidarlos con abundante comida y bebida, y pasada la medianoche cuando todos duermen, Siripo, hermano de Mangoré, obedece la orden de raptar a Lucía Miranda y llevarla a las tolderías. En el combate que se inicia esa noche, Mangoré es muerto a manos de los españoles y Siripo, fugazmente enamorado de la cautiva, la pide por esposa. Lucía se niega. Siripo amenaza con matar a Hurtado y finalmente, ante la férrea negativa de Lucía de entregarse como esposa del indio, el cruel Siripo da muerte a la pareja española. Tanto en la versión de Ruy Díaz como en las jesuíticas (Lozano y

---

<sup>27</sup> Valga como ejemplo del lugar prioritario de las alabanzas a guerreros el siguiente pasaje de Lozano, en donde se narra la desazón de los timbúes ante el coraje europeo, al ver a la mañana siguiente del ataque al fuerte las bajas indias sufridas a manos de los europeos: “En rompiendo la aurora, cuya luz escasa manifestaba la fealdad de la alevosía cometida, vieron con crecido pesar cuan costosa les había salido en perfidia, porque además de la pérdida de Mangoré, reconocieron que por cada cristiano habían perecido más de veinte infieles, fuera de los que estaban peligrosamente heridos” (Lozano, 48).

<sup>28</sup> En en la versión del padre Lozano, tal vez para desligar a Don Nuño de Lara de toda responsabilidad política sobre el mal gobierno que supuso este episodio de masacre indígena, el jesuita apela a artimañas narrativas cristianas y habla de la malicia del diablo ante el progreso español en nuevas tierras. En sus palabras: “Procuró don Nuño mantener en toda disciplina la gente de su fortaleza, y cultivar la amistad de los timbúes con buena correspondencia. Consiguiólo todo con facilidad el amor que le profesaban castellanos é indios pero envidioso el demonio de que aquellas reliquias del nombre cristiano hubiesen hecho pié en el imperio que poseyó sin contradicción tantos siglos, y recelando que aquel corto número de españoles fuese reclamo que llamase á otros para propagar el reino de Cristo, se ingenió con sus diabólicas trazas, para borrar el nombre cristiano, y extinguir todo el resto de nuestra nación con una funesta y lamentable tragedia” (Lozano, 42).

Guevara), Hurtado es muerto a flechazos, atado a un árbol, y Lucía quemada en la hoguera. Este es el castigo a la pareja tras haber desobedecido a su promesa de abstinencia en las relaciones conyugales. En la versión de Elflein hay algunas variantes argumentales: ambos esposos mueren en la hoguera, nunca han tenido contacto marital dentro de la toldería. Pero el texto de Elflein, ante todo, es Lucía la que le propone a Siripo no matar a Hurtado a cambio de que ella se divorcie voluntariamente de su marido. Veamos la escena:

-¿Qué querer tú? -insistió Siripo.  
 -Déjame morir, esposa mía -rogó Hurtado.  
 -No, no, no -exclamó la infeliz, arrojándose a las plantas del indio.  
 -Mátame, mátame, pero deja vivir a mi esposo. No puedo vivir sin él.  
 -Tú, mujer mía, o yo quemar a él -repitió el indio, ¿qué querer tú?  
 -Déjame morir y sálvate -insistió Hurtado.  
 -Escucha -le dijo al indio -consiento en separarme de mi esposo, ¿entiendes? No seré más esposa de este hombre.  
 -Tú no más mujer de español, ¿no?  
 -Eso es, me has entendido.  
 -Entonces, ¿tú mía? -preguntó Siripo con ojos brillantes de alegría.  
 -No, no, eso no he dicho. He dicho solamente que no quiero más a ese hombre; y al decir esto Lucía fijaba en su esposo una mirada de supremo amor. Hurtado sonrió dulcemente.  
 Siripo entretanto reflexionaba. Si Lucía consentía en separarse de su esposo, quizás más tarde se avendría a ser la mujer de él. Se conformó, pues, por el momento.  
 -Bien -dijo inclinando la cabeza. -Tú no mujer de español, tú no mujer mía, ¿así?  
 -Eso es.  
 -Bien.  
 Mandó desatar a Hurtado e hizo entrar en la cabaña a Lucía” (Elflein “Lucía Miranda” 14).

El texto de Elflein prioriza el punto de vista de Lucía por sobre las decisiones masculinas. Prevalece la capacidad de negociación femenina frente a las voces masculinas. Mientras que en Ruy Díaz de Guzmán y en Lozano el principal mérito de Lucía es su resistencia al deseo sexual de los

indios, en el relato de Elflein la característica central de la heroína es su capacidad de dar respuestas y pensar artilugios ante la violencia que generan entre sí los hombres. Es ella la que lleva a lo largo de todo el relato la voz cantante, como se confirma incluso en el momento de su muerte:

“Un enorme montón de leña había sido acumulado alrededor de dos estacas, pues los reos debían morir en la misma fogata. [...]. Subieron a la hoguera con paso firme y cuando los verdugos prendieron fuego a los leños, Lucía entonó un cántico a la virgen. Hurtado unió su voz a la suya, y cuando el humo se elevó envolviendo a ambos como un mato negro, los indios oyeron todavía las voces que resonaban en dulce armonía” (“Lucía Miranda”, 16).

### Conclusiones

Escribe El Jaber sobre estas dos historias fundacionales de cautivas argentinas: “La Maldonada y Lucía Miranda cruzan la frontera y, al hacerlo – electiva o forzosamente– pierden la voz, narradas por otro masculino [...], se vuelven meras representaciones de un deber ser que las signa de principio a fin, un deber ser femenino que es también, y ante todo, blanco, español, cristiano” (41). Las reescrituras que hace Elflein de estas leyendas coloniales, como así también el rescate de la carta de Isabel de Guevara, devuelven la agencia y la voz a sus legítimas portadoras. Hemos visto cómo en estos tres relatos de mujeres coloniales –a través de pequeños giros argumentales, de cambios de puntos de vista y de modalizaciones que alteran por completo la axiologías morales y las representaciones de las otredades de los textos originales– Elflein logra destacar el trabajo, los esfuerzos y la inteligencia política de estas protagonistas, sin por ello dejar de ser respetuosa de las fuentes coloniales en las que se basa.

Gracias al trabajo con archivos (en un sentido doble: el trabajo nuestro actual de rescate de esta obra de los archivos hemerográficos y, sobre todo, el trabajo que con archivos coloniales realizó en su momento la propia Elflein), podemos hoy recuperar una obra que, lejos de limitarse a lo infantil,

didáctico y patriótico, como se la ha encasillado hasta ahora, revela una labor intelectual historiográfica profunda, gran erudición y el uso de múltiples fuentes documentales con las que trabajaba cotidianamente Elflein en su labor de historiadora. Creemos que las tres notas sobre mujeres de la colonia aquí relevadas dan cuenta de una voz literaria provocativa y cuestionadora del status quo sexo-genérico de las primeras décadas del siglo XX. El trabajo con el archivo colonial (en términos de Latour, un dispositivo moderno con entidad de verdad), compuesto por documentos siempre reescribibles y reinterpretables (según Taylor) le ha permitido a Elflein generar textos que, enfocados en mujeres de aquella época, no están exentos de resonancias metatextuales y de críticas a la distribución de poderes y saberes en torno de la labor historiográfica. Así, al echar mano del archivo para reescribir la historia a partir de las crónicas coloniales, Elflein dejó dicho algo sobre la distribución del poder-saber en el sistema sexo-genérico de su época y sobre su propia colocación como intelectual de principios del siglo XX: “Los árboles de esta especie”, como propone en “Doña Isabel de Guevara (1908) “no mueren fácilmente”.

## **Bibliografía**

Archivo digital: [www.archivoelflein.ar](http://www.archivoelflein.ar).

Barrancos, Dora. *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.

Bellucci, Mabel. “Ada María Elflein”. *Todo es historia* N° 219 (1985): 68-69.

Crespo, Natalia. “Archivo y trabajo en clave de género: un recorrido a partir de Ada Elflein”. *Revista de estudios de teoría literaria* Vol. 11, 26 (2022): 116-128.

---. "Ada Elflein: archivo y patrimonialización". *Revista Confabulaciones* Año 4, N° 7 (enero-junio 2022): 54-71.

---. "La aliada: prensa y literatura en Ada Elflein". En *De cada cosa un poquito. Prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino*. Andrea Bocco, Natalia Crespo, Hernán Sosa, dirs. Entre Ríos, Formosa: Editoriales UADER y EDUNAF, 2023. 165-189.

---. "Ada Elflein: cuentos para la educación sentimental de las niñas". *Revista Visitas al patio*, Vol.17, N° 1 (2023): 108-121. Universidad de Cartagena, Colombia.

De Charlevoix, Pierre François Xavier. *Historia del Paraguay* (1756). Madrid: Victoriano Suárez, 1908.

Diz, Tania. "Tao Lao o los efectos inquietantes de la ficción sobre las identidades sexuales en el periodismo de los años '20". 3° Congreso Patagónico: *Lo legal y lo legítimo en los discursos y las prácticas*. Fundación Tehuelche, Comodoro Rivadavia.  
<https://www.aacademica.org/tania.diz/34>

Eizaguirre, José Manuel (1919) "Ada M. Elflein. Algunos datos sobre la vida y la obra de esta escritora argentina". *El Monitor de la Educación Común*, 37(560), 93-102.

El Jaber, Loreley. "Mujeres en el Río de la Plata colonial: presencias, cuerpos, voces". *Historia feminista de la literatura argentina*. Tomo S.XIX. Laura Arnés, Nora Domínguez, María José Punte (dirs). Córdoba: Eduvim, 2022. 27-57.

Elflein, Ada María. (1906). *Leyendas argentinas*. Cabaut.

-. (1910). *Del pasado. Cuentos, episodios, narraciones de la vida argentina*. Martín García.

---. "Doña Isabel de Guevara". *La Prensa*, 27 de septiembre de 1908, p.7.

---. "La Maldonada". *La Prensa*, 1° de Mayo de 1910, p.9.

---. "Lucía Miranda". En *Cuentos históricos nacionales*. Buenos Aires: Maucci Hnos., 1911. P.1-19.

--. *Paisajes cordilleranos. Descripción de un viaje por los lagos andinos*. Buenos Aires: [s.n.], 1917.

Fletcher, Lea. “La profesionalización de la escritora y de sus protagonistas. argentina, 1900-1919”. *Revista Iberoamericana*, Vol. LXX, Núm. 206 (enero-marzo 2004): 213-224.

García Velloso, Enrique, “Homenaje póstumo a la señorita Ada M. Elflein”, *La Prensa*, 5 de diciembre de 1919, p. 8.

Groussac, Paul. “Ruy Díaz de Guzmán. *La Argentina. Historia de las provincias del Río de la Plata*”, *Anales de la Biblioteca T.IX n.52*, (1914): 30-264.

Guevara, José. *Historia De La Conquista Del Paraguay, Rio De La Plata y Tucumán (1767)*. Buenos Aires: S. Ostwald, 1882.

Latour, Bruno. “Visualización y cognición. Pensando con los ojos y con las manos”. En *La balsa de la medusa*. Madrid: Visor, 1998, pp.77-128.

Lozano, Pedro. *Historia de la conquista del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán (1730)*. Buenos Aires: Imprenta Popular, 1873-1875.

Maristany, José. (2000). “Maestras escritoras: el desafío de devenir ‘autor’ (Argentina, 1900-1930)”. En *Mujeres en escena. Actas de las Quinta Jornadas de Historia de Mujeres y Estudios de Género*. La Pampa: Instituto Interdisciplinario de Estudios de La Mujer, Universidad Nacional de La Pampa, p. 49-59.

Quispe-Agnoli. “Discursos coloniales escritos y agencia femenina: la *Carta a la Princesa Juana de Isabel de Guevara*”. *Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos y Literatura* (2006): 81-91.

Rojas, Ricardo. *Cosmópolis*. París: Garnier Hnos., 1907.

Szurmuk, Mónica. “Ada María Elflein: viaje al interior de las identidades”. *Monographic Review/ Revista Monográfica*. Texas: Texas Tech University, 1996; 337-344.

Taylor, Diana. *Performance*. Buenos Aires. Asunto Impreso Ediciones, 2012.

Tieffemberg, Silvia. “Isabel de Guevara o la construcción del yo femenino”. *Filología*, 24 (1989): 287-300.

Ulanovsky, Carlos. (1997). *Paren las rotativas. Una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Espasa.



Vicens, María. “Mujer, cuerpo y aventura en la narrativa de viaje de Ada María Elflein (La Prensa, 1913-1919)”. *Zama* 11.11 (2019): 47-58.

---. *Escritoras de entresiglos. Un mapa transatlántico. Autoría y redes literarias en la prensa argentina, 1870-1910*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2020, pp. 289-299.

Vittali, Olga. “Ada María Elflein: algo más que una mujer en la prensa”. *Todo es Historia* vol. 387 (1999), pp. 46-48.